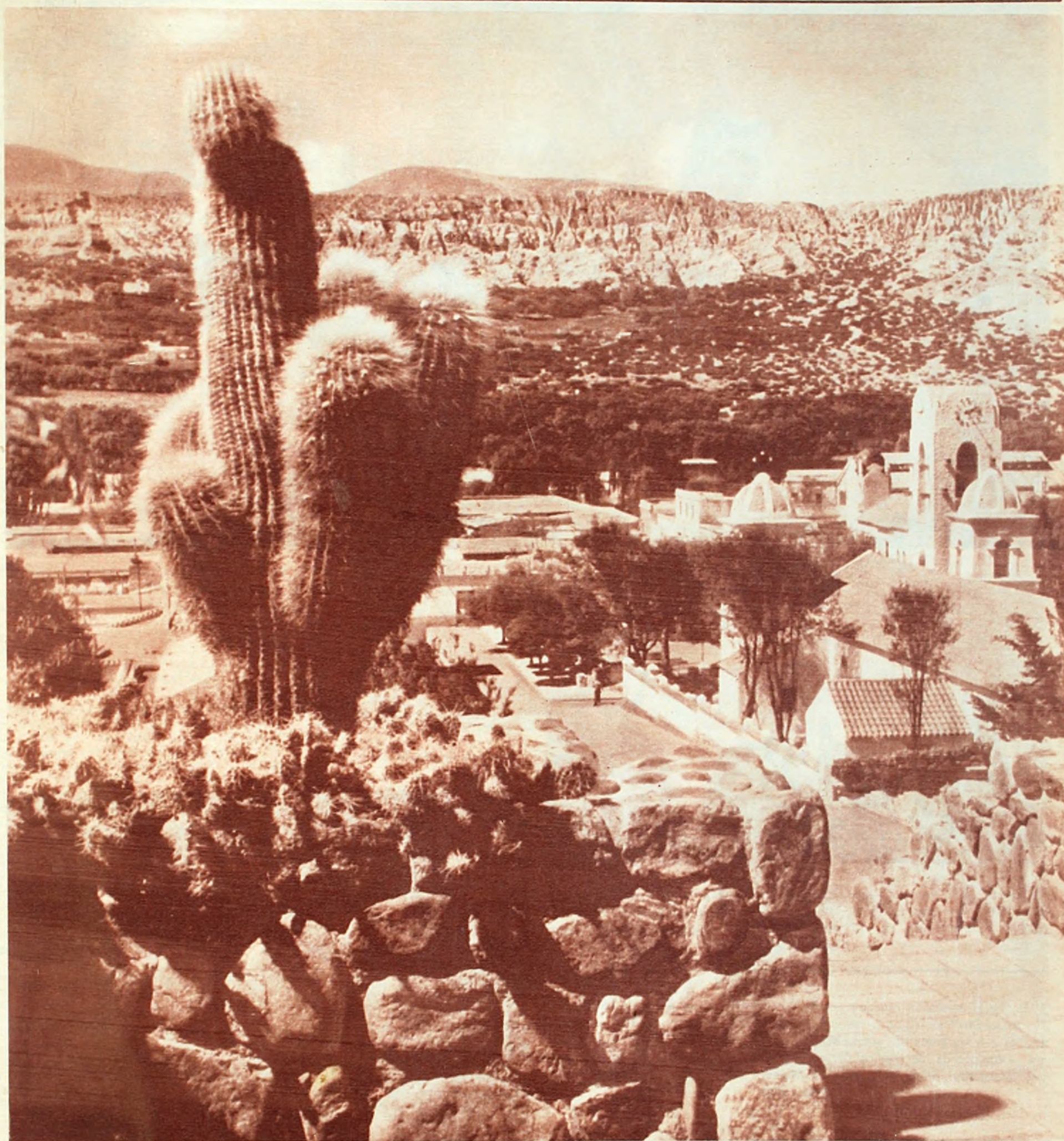


Suplemento Dominical fundado
por don Lorenzo Batlle Pacheco
el 2 de octubre de 1932

EL DIA

AÑO XXXVII — N° 1931
Montevideo, 12 de
julio de 1970



Nuestra América: La República Argentina

En la provincia de Jujuy, en la carretera que une Buenos Aires con La Paz, el valle de Humahuaca, ciudad situada en la vertiente oriental de los Andes, es un remanso de serenidad aldeana, escapado del vertiginoso ritmo de nuestros días



Verano de 1933 - 34. Mesa cordial en un café montevideano junto a Federico García Lorca. Lo rodean Julio Capora e Scelta, José M. Mora Guarnido, Enrique Amorín y José Pedro Bixen Ramírez



1953. "La Hora Popular" acogía hospitalariamente a intelectuales y artistas nacionales y extranjeros. En la foto, el día en que Julio Caporale recibió al gran escritor peruano, Dr. Luis Alberto Sánchez, a quien acompañaba Dora Isella Russell

1956. En la recepción ofrecida por el Ministro de Educación de la Argentina, Dr. Atilio Dell'Oro Maino a las autoridades de la Comisión de Teatros Municipales e integrantes de la Comedia Nacional, con motivo de la inauguración de la temporada del Teatro Cervantes, vemos al señor Caporale y señora, Sra. Margarita Xirgú; Dr. Dell'Oro Maino, Sr. Orestes Caviglia y Sr. H. Grassi Díaz



ACOMPANANDO a Carlos Brussa en sus jiras por el interior del País, conocimos en las redacciones de tierra adentro a muy buenos periodistas, muchos de los cuales, por distintos motivos, hallamos más tarde incorporados definitivamente a la prensa montevideana. Fue así que, allá por el año 1920, nos encontramos por primera vez, en la casa periodística de los Vaccaro — "El Telégrafo" de Paysandú — con Julio Caporale Scelta, que en ese diario había escrito sus primeras cuartillas y que, cuando sus estudios de medicina en Montevideo se lo permitían, hacía una escapada a la capital sanducera para ver a sus familiares y amigos. Y en las horas del atardecer, vivir junto a sus compañeros de antes, sin dejar por eso de escribir algunas notas. Era entonces un muchacho feliz, optimista, estudioso, con un claro pensamiento político, dispuesto siempre a apoyar todas las iniciativas bien inspiradas. Una vida ocupada por nobles preocupaciones que se estaba buscando un destino cierto. Cuando terminaban sus pequeñas vacaciones, retornaba a Montevideo a continuar sus estudios en nuestra Facultad de Medicina, donde cursara hasta los últimos años, y trabajar, en las noches, en la Redacción de "Diario del Plata". Fueron años de ardua y agotadora tarea. Hasta que llegó el día en que su espíritu tuvo que decidir entre dos sueños, dos caminos: la medicina — ya en las últimas etapas de la carrera — o el periodismo.

Con el asombro de muchos, optó por el periodismo. Y el tiempo le dio la razón. Porque Caporale Scelta fue un auténtico hombre de prensa. Atento a todos los problemas, nacionales y foráneos, puso siempre en sus notas y opiniones, una actitud firme y decidida al servicio de la verdad, apoyando los movimientos artísticos o literarios, señalando nuevos valores, gritando su protesta cuando las conquistas cívicas y sociales peligraban, fanático defensor de la Libertad y la Democracia.

No en balde en agosto de 1933, en las duras horas de la dictadura, Lorenzo Batlle Pacheco, del que fuera gran amigo, lo llamó a su lado para integrar el plantel de "Hoy", aquella valiente expresión periodística que, por valiente, tuvo el corto destino que siempre tiene en el mundo la prensa libre frente a los dictadores.

La difusión de la radiotelefonía abrió a Caporale una nueva expresión de su vocación, convirtiéndose en poco tiempo en un comentarista oral de amplia difusión. Sus comentarios por la radio "El Espectador" de carácter artístico, sus opiniones internacionales frente a las grandes tragedias que angustiaron entonces al mundo — la guerra civil de España y la segunda conflagración mundial — fueron seguidas por Caporale Scelta con atento espíritu por los oyentes de todo el País durante aquellos angustiosos años.

El espacio llamado "La Hora Popular" fue una tribuna abierta. Allí llegaban el político que deseaba ser oído, el gobernante que buscaba su defensa frente al ataque que consideraba injusto, la nueva poetisa que deseaba hacer oír sus primeros sonetos, el cantante bien dotado pero desconocido que aspiraba a llegar a un micrófono o a un escenario... Aquella "Hora popular" que se esperaba a medio día y que entre unas canzonetas de Chichilo Viapiana, surgían junto a la palabra de Caporale, el comentario de cine o de teatro de su hermano Nebio, un juicio de Basso Maglio, el buen humor de Víctor Soliño o el chiste de Valerio Sicco en su jocoso "Barbaghin".

Las horas de trabajo radial no le impidieron consagrarse a "Mundo Uruguayo", secundando primero a Orestes Baroffio y más tarde como director absoluto, en el momento de más trascendencia de aquel recordado semanario que los jueves esperaban tantos hogares.

Pero hay, paralelamente a las importantes tareas señaladas, una labor que queremos destacar: su permanente dedicación al teatro, como crítico y como animador. Su fervor y su presencia permanente, entusiasta y desinteresada como lo fue siempre. Integró durante casi medio siglo todos los movimientos que surgieron en el País, aportando su entusiasmo y sus conocimientos adquiridos en sus viajes por América y Europa; sacrificando horas al sueño y a su hogar, aquel hogar donde su gran compañera y sus hijos le hicieron dulce la vida.

Nosotros fuimos testigos de lo que fue su labor durante diez años en la Comisión de Teatros Municipales, junto a sus compañeros Zavala Muniz, Fernández Ríos, Farell y Echeagaray, en las horas difíciles de aquellas largas sesiones en que nacieron para el país la Comedia Nacional, la Escuela Dramática, los Coros Municipales y la Escuela Municipal de Música. Tuvo además Caporale, durante ese período, la supervisión del funcionamiento de la Sala Verdi, desde luego, también honorariamente. Porque en este país donde tantos cobran horas extras, por tareas que no rea-

lizan, Julio Caporale Scelta — digámoslo en su honor — fue siempre al servicio del Estado, un trabajador honorario...

Mucho podría decirse de aquella vida dedicada al bien en las distintas disciplinas en que le tocó actuar. El periodismo es una tarea generalmente anónima y el pueblo ignora quiénes son los autores de tantas opiniones que, a veces, nos sorprenden y conmueven, haciéndonos dudar frente a nuestros propios juicios. De ahí la importancia que tienen la capacidad y la honradez periodística y la influencia de la prensa en el destino de los pueblos.

Julio Caporale Scelta, fallecido hace un semestre, fue una noble expresión del gremio. De sus juicios orales y escritos, surgió siempre la palabra generosa y el consejo constructivo, virtudes que muchas veces no se logran estimar.

Medio siglo de amistad en tareas comunes, inspiran estas líneas escritas al calor de tantos recuerdos y que, por haber estado nosotros leños de Montevideo en la hora de su muerte, tienen también la tristeza del adiós al amigo...

Angel CUROTTO

(Especial para EL DIA)



1948. Frente al micrófono de "La Hora Popular", en una audición especial dedicada al estreno de la obra de González Pacheco por la Comedia Nacional, puede verse a Julio Caporale Scelta, Armando Discépolo, Justino Zavala Muniz, Rodolfo González Pacheco, Isidoro Sagüés, Lauro Ayestarán, Demetrio Urruchúa y el autor de esta nota



Evocación de Julio Caporale Scelta

La hermosa iglesia abacial de Batalha, a la cual se cita en la nota



Estatua ecuestre de Dom José I, en la Plaza del Comercio de Lisboa

De la vida real portuguesa

LISBOA. — La historia de la batalla de Aljubarrota no es para que la lean menores de edad. La batalla en sí duró media hora. Don Juan I y el condestable Nun' Alvarez, que mandaba los ejércitos, tenían veintisiete años y el general veinticinco. Pero ahí se ganó la independencia de Portugal, salió huyendo el rey Fernando de Castilla, Nun' Alvarez el vencedor se metió de fraile y el rey Juan celebró la victoria levantando una de las más bellas iglesias y monasterios del mundo —el de Batalha—. Año de 1385. ¿Qué había pasado? He aquí la historia.

*

Doña Leonor Téllez, reina de Portugal, era una mujer intrépida. El rey don Fernando, tísico, carecía de alientos para contrariar la voluntad de esta hembra arrogante que andaba en públicos amores con el conde de Juan Fernández Andeiro, gallego y súbdito del rey de Castilla. Como en la vida hay compensaciones, "el conde Andeiro, concubino y consejero directo de la reina, la manejaba a su antojo".

La reina y su consejero decidieron casar a la hija de la reina, doña Beatriz, con el rey de Castilla, don Juan, que acababa de enviudar. Aquello iba a ser el fin de la independencia de Portugal. Beatriz quedaría reina de Castilla y Portugal, al morir el tísico don Fernando, ya al borde de la muerte. El negocio lo montó el amante de la reina. Don Fernando no tuvo fuerzas para decir no, y la boda se celebró en Elvas. Don Fernando no asistió a la fiesta. A poco, moría llorando. En las ansias de la agonía, tuvo un instante de lucidez, y dijo: "Dios me dio estos reinos para mantenerlos en derecho y justicia; y yo por mis pecados obré de tal suerte que le daré de ellos mala cuenta". Se encontraba el rey en Almada, y queriendo morir en Lisboa, ordenó que lo transportasen de noche, prohibiendo a los moradores de la ciudad que encendieran luces en las ventanas al pasar el cortejo. Quería hacer su última jornada en tinieblas. La reina no asistió al funeral.

El rey don Juan de Castilla y la reina doña Beatriz se prepararon, con buenos ejércitos, para marchar sobre Lisboa. Iban a la posesión del trono. Los portugueses vibraron de ira y despecho. Sus ojos se fijaron en el Mestre de Avis, hijo bastardo del rey don Pedro, a quien odiaba doña Leonor. Doña Leonor le había metido en la cárcel y ordenado al carcelero que lo asesinasen. El carcelero no lo hizo. Entonces, la reina destinó al Mestre para que comandase las tropas en Alentejo. El Mestre salió con ese destino, y para ahorrarse la muerte que allí le preparaba la reina, regresó a mitad de la jornada. Entró de noche al palacio. La reina le recibió airada. El se retiró a hablar con el conde Andeiro. —Conde —le dijo—, me maravillo de que siendo vos un hombre a quien he querido, trabaje por mi deshonra y mi muerte. —Señor: quien eso os haya dicho, os ha mentado con gran falsía. El Mestre, "quien más deseos tenía de matarlo que de entrar en razones", sacó su cuchillo y se lo clavó en la cabeza. El resto de las cuchilladas quedó por cuenta de quienes lo acompañaban. El Mestre salió por calles y plazas pregonando: ¡Me han querido matar! El pueblo le aclamó, feliz de que hubiese sacado de este mundo al amante de la reina. Doña Leonor huyó, camino de Castilla, para unirse a los invasores de Portugal.

*

Hasta aquí, las cosas no pueden ser más sencillas. Se reunieron las Cortes en Coimbra, para elegir rey. Lo harían los representantes del clero, la nobleza y el pueblo. Dijo el doctor Juan das Regras: ni puede elegirse a doña Beatriz, ni a los hijos ilegítimos del rey Pedro que se han aliado a los enemigos del reino. Doña Beatriz no puede serlo, porque nació adulterina, pues al tiempo en que vino al mundo, hija del rey Fernando, doña Leonor Téllez estaba casada con Juan Lorenzo de Cunha.

Y entonces, ¿quién? ¡El Mestre de Avis!

Y así subió al trono el Mestre de Avis, don Juan I de Portugal. Fue una fiesta tomar las armas bajo sus banderas para ir a dar la batalla de Aljubarrota, la de la independencia de muchas cosas o batalla de muchas independencias. Todo lo cual se convierte en sublime sencillez en uno de los góticos más serenos y desnudos del mundo, en una iglesia cuyos ochenta pasos de la largura de las naves se recorren bajo el silencio profundo que imponen las altas flores de piedra, simplicísimo adorno colocado a 32 metros de altura. Pocas capillas reales tendrán la hermosura de la del monasterio de Batalha, en donde duermen como piedras don Juan I de Portugal, y Felipa de Lancaster, su reina y mujer. — (ALA).

Germán ARCINIEGAS

(Exclusivo para EL DÍA)

Las fuerzas navales de Buenos Aires y realistas, en combate en el Plata superior. Las primeras tuvieron la intervención de Zufriategui (Cuadro de E. de Martino)



Pablo Zufriategui marino uruguayo

EL 25 de enero de 1783 —según Arturo Scarone en su "Efemérides"— nació en Montevideo Pablo Zufriategui llamado a tener distinguida actuación militar así en la época colonial como en la independencia oriental, participando en los fastos más gloriosos como la cruzada libertadora de los Treinta y Tres.

Zufriategui, en su condición de militar, estuvo al lado de Artigas en la batalla de Las Piedras, con Lavalle a en Sarandí, con Rondeau en el sitio de Montevideo siguiendo al jefe argentino cuando éste se trasladó a la vecina orilla luego de firmado el armisticio de octubre con Elío que puso fin al asedio de la plaza; al año siguiente retornó a las tropas comandadas por Artigas que le confió la realización de diversas comisiones. Vuelve a actuar con Rondeau en el 2º sitio de Montevideo y cuando ésta se rinde a las tropas de Alvear, fue de los primeros en penetrar en su ciudad natal; pero cuando la capital uruguaya es entregada a las fuerzas orientales, rehúsa seguir a los contingentes de Alvear y Soler por lo que, en octubre de 1814, al tener que trasladarse a Buenos Aires es aprehendido para ser sometido a los tribunales militares. Pero su bizarra conducta, su leal comportamiento con todos los jefes argentinos que especialmente así lo declaran, decide su absolución. Continúa su trayectoria militar y como cargo civil se le distingue como diputado por Colonia, departamento al que representa en la Asamblea Nacional Constituyente, cargo que renuncia a los pocos días. Pero Pablo Zufriategui es, por sobre todo, por intensa vocación, marino. En aquel Montevideo colonial de fines del siglo XVIII, el mar se veía en tres cuartos de círculo de la península y en la vida monótona de la aldea, el arribo de alguna nave era un acontecimiento que poblaba de espectadores la ribera y las azoteas, desatando comentarios y ensoñaciones.

En las lides del mar inicia su carrera pública Zufriategui: habiéndose autorizado el corso contra los ingleses, se embarca a los 20 años y participa de una campaña que lo lleva a las bajas latitudes del Atlántico Sur. Tan destacada actuación le granjea la protección de una de las casas armadoras.

En 1811 está en marcha la revolución emancipadora de la Provincia Oriental. En la llamada "Isla de Ratón" enclavada dentro de la bahía montevideana, hay un destacamento español que no sólo trata de defender tan estratégica posición, sino que debe cuidar un depósito de armas y pólvora de la que carecen las tropas sitiadoras. Se planea, entonces, una expedición contra ella; la tropa de 70 hombres es mandada por el Capitán Juan J. Quesada y los dos lanchones expedicionarios se confían a la pericia de Zu-

friategui. La operación tiene pleno éxito y los cañones de la línea patriota pueden disparar de nuevo contra la plaza asediada. Bien está, entonces, que desde ese momento se cambiase el toponímico de la isla por el de "Libertad".

Dos años más tarde, en noviembre de 1813, las autoridades revolucionarias consiguen armar un cutter, que se arma con una sola pieza de artillería, tal la pobreza de recursos que mide el valor de sus tripulantes cuyo número se eleva a 200. Con tales efectivos, Zufriategui se mantiene en operaciones durante dos meses frente a las costas de Maldonado; intercepta embarcaciones enemigas y provee a las necesidades de la propia.

El escenario parece pequeño a aquel vocacional del mar.

Desde fines de enero de 1813 el gobierno porteño acierta con la estrategia a seguir en su lucha contra los españoles asentados en Montevideo. Lo primero debe ser destruir la escuadra realista. Para ello debe crearse una fuerza naval condigna, tarea superior que se encara con habilidad. Cuando en enero de 1814 se concentra el poder en el Director Supremo Gervasio de Posadas, designa como Ministro de Guerra y Marina al uruguayo Francisco Xavier de Viana que habíase graduado de Guardia Marina en España y se había distinguido en difíciles comisiones en aquella expedición que con las corbetas "Descubierta" y "Atrevida" comandan Malaspina y José de Bustamante y Guerra.

La flamante escuadrilla patriota se puso al mando del irlandés Guillermo Brown en febrero de 1814 Zufriategui se incorpora a ella. Embarcado en la goleta "Fortuna" se halló en las acciones de Martín García y Arroyo de la China, en lucha contra la división de Jacinto Romarate.

En 1815, tras la victoria de Rivera sobre Dorrego en Guayabos, la plaza de Montevideo es entregada a los orientales; Zufriategui es nombrado Capitán de Puerto de Montevideo. Su experiencia le permite tomar acertadas medidas sobre fondeadero de naves, tráfico portuario, etc.

Al producirse la escisión entre las tropas extranjeras que ocupaban la Provincia Oriental en 1823, a consecuencia de la proclamación del Imperio del Brasil independiente de Portugal, Zufriategui se pronuncia por Alvaro da Costa que parece proclive a la independencia de la Cisplatina, apoyando al Cabildo montevideano.

Zufriategui es destinado a la formación de cuerpos cívicos con el grado de Mayor. Planteada la necesidad de enviar comunicaciones a los comisionados

del cuerpo capitular que se hallan en Buenos Aires, se piensa en Zufriategui para el desempeño de la arriesgada comisión. Las unidades navales enemigas cubrían la boca de la bahía montevideana y da Costa comenzaba a entenderse con Lecor. Burlar aquella línea de cascos resultaba harto difícil, pero no en vano el marino uruguayo conoce el ambiente operativo. Embarca en una pequeña lancha y cuando las sombras de la noche se espesan, se hace a la vela. Atraviesa la línea enemiga y los pliegues reservados llegan a destino. Regresa en la misma forma pero su amigo de ayer, da Costa, le intima el destierro en el perentorio plazo de 24 horas. Zufriategui se asila en la capital porteña.

Retorna a la patria con Lavalleja en su hazañosa cruzada del 19 de abril; es Jefe del Estado Mayor del Ejército, participa de la gloriosa jornada de Sarandí y cuando las fuerzas combinadas orientales-argentinas marchan a la campaña del Brasil, se le designa Comandante General de Armas de la Provincia. No tarda en regresar a su ambiente favorito: por decreto del 9 de febrero de 1829 se le designa otra vez Capitán del Puerto de Montevideo con carácter provisorio, cargo que desempeña hasta el 10 de noviembre de 1830 en que le sustituye el Coronel Manuel Oribe. Queda agregado al Estado Mayor General.

El gobierno tiene información, por esos días, que una embarcación extranjera, el bergantín "Exquisit", ronda las costas de Maldonado dedicándose a la caza clandestina de lobos marinos. ¿Quién más adecuado que Zufriategui para impedir aquella violación de las aguas jurisdiccionales uruguayas?

En octubre de 1830 se arma la goleta "Aguila Segunda" con 6 piezas de avancarga que durante 10 días cruza la costa maldonadense y la isla de Lobos logrando la desaparición del intruso.

Que sepamos, fue ésta la última comisión activa de Zufriategui. En 1838 se le designó defensor de oficio de Tomás Henderson, comandante de un pontón procesado por sublevación acaecida en la noche del 31 de julio.

Zufriategui puso en la tarea cuanto le dictó su nobleza, lo que valió el disfavor del gobierno por lo cual pasó a la vida de retiro. Considerado por amigos y adversarios —su amistad y valía con Lavalleja le había deparado muchos— falleció en mayo de 1840 luego de larga actuación que no manchó con ningún acto vituperable.

Homero MARTINEZ MONTERO

(Especial para EL DIA)



Recuerdos de un gran tradicionalista



A la izquierda: Entre Ríos, 1930. A la derecha: Buenos Aires, 1960. Treinta años junto al caballo, siempre su inseparable compañero

MUCHAS veces hemos tenido la dicha de conocer a un hombre después de haber conocido su obra escrita. Es una experiencia vital hermosa. Casi como encontrarnos de pronto, físicamente, con alguien con quien antes dialogamos en recogimiento silencioso. Cuya voz mentora, inspiradora o emocionante, ya conociéramos. Pero no siempre esa intimidad anterior se plasma en una realidad tangible. No siempre el hombre real da imagen positiva de ese retrato espiritual que nos trazáramos imaginativamente a través de su propio decir por escrito. Este perfecto encaje entre la realidad y las letras, lo tuvimos, sin embargo, una soleada y hermosa tarde de primavera porteña cuando por primera vez estrechamos la mano de don Justo P. Sáenz (h.), en un palco de la Rural de Palermo.

Habíamos concurrido allí por invitación de otro amigo y enamorado de las tradiciones gauchas, don Juan Maguire, a efectos de asistir a unas "criollas" de beneficencia. Y así, más que el placer de ver las habilidades de los jinetes, peones y apadrinadores, en las faenas con bravos baguales y traidores reservados, tuvimos, como inesperado regalo, el gusto de los comentarios agudos, las frases a veces de tajante crítica ante un maturrango o la "gringada" de un poco diestro actor de la fiesta. Escucharlo, siempre maestro como lo habíamos sentido al leer su monumental "Equitación Gaucha en la Pampa y Mesopotamia", a don Justo, Presidente del Jurado, casi en su propia salsa.

Alto, delgado, nervioso; apuesto y gallardo a pesar de sus sesenta y tantos, ya largos por entonces. Un caballero criollo de auténtica estirpe. Sencillo y cordial, pero incisivo y duro contra todo lo que supusiera falsear las tradiciones platenses, particularmente de nuestra caballería. Un real y verdadero tradicionalista. Ortodoxo. Combativo contra los "fariseos", los improvisadores, los advenedizos.

Descendiente de añejo tronco porteño, de una familia que amó entrañablemente a su tierra y su cultura tradicional, fue digno fruto de esos antepasados. Enamorado de la tierra argentina y americana, la recorrió, especialmente su patria, escudriñando las intimidades de sus agrestes paisajes campestres

e inquiriendo en el ser y el quehacer de sus gentes. Humildes y sencillas, pero auténticas.

Su agudeza intelectual, su sensibilidad de observador, su memoria prodigiosa y una gracia innegable para recoger la anécdota, unidos a una fluidez de relator notable, minucioso sin fatigar, exacto, claro y conciso, habrían de ser los rasgos que distinguieran a su tarea literaria, a lo que habría que agregar su método de natural investigador, de selectivo coleccionista en la más amplia acepción, que justifican su labor, que consideramos de rigor casi científico, en la explicación de los hechos culturales de su pueblo rural. Si aún le ponemos el condimento de las lecturas escogidas y los viajes por América y el Viejo

Mundo, comprenderemos cómo unió a todo lo anterior una singular capacidad para los estudios comparados a nivel histórico y cultural.

En su especialidad, o por mejor decir, en sus especialidades, las tradiciones populares platenses y la hípica, llegó a ser, con ese bagaje tan rico de capacidades, experiencias e ilustración, un verdadero sabio. Y ese saber validaba, junto al amor sincero por lo que para él era santa causa (auténtica posición filosófica y de vida), su ortodoxia tradicionalista, que en otro hubiera podido ser confundida con pedantería o con snobismo.

Todo era nato así en él. Su hidalguía, su llaneza. El interpretar la guitarra con los "temples" y raseuidos tradicionales del pueblo. El modo de "entonar", para el canto, en los viejos estilos y milongas. El vestir sobrio y distinguido de señor campesino. Desde el sombrero a las botas. Y de acuerdo a la región: más aludo aquél, chatón de copa; la blusa corta; la bombacha angosta; la bota blanda de caña baja, para la región bonaerense. Alta y abollada la copa, breve el ala, con barbijito de borla, el chambergó; larga la chaqueta; cinto chanchero de doble hebilla, ancha la bombacha y altas las botas, para el litoral mesopotámico, igual al vestir de nuestra gente oriental. Y lo mismo en los aperos de los pingos. Los pingos. Con qué placer hablaba de los nobles brutos, base de nuestra cultura material y espiritual. Rasgo augural de nuestra gente que vivió a caballo. Sus pelos, su carácter, sus cualidades. Todo amorosamente atesorado en la memoria y en el alma. Y qué tristeza en su voz, más ronca y suave que nunca, cuando un día nos confesara que el médico ya casi no le dejaba montar. Por su corazón, que parece empezar a sentir las fatigas de esa vida tan vivida.

Treinta años a caballo hemos querido llamar a esas dos fotos, hermosos documentos que él nos obsequiara con esa misma observación y que unen a los dos terruños de sus amores: Entre Ríos y Buenos Aires. Treinta años que en la realidad fueron más de sesenta.

Aficiones y relaciones lo llevaron a cultivar íntima amistad con los Güiraldes. En sus pagos de San Antonio de Areco conoció a Segundo Sombra. O por decir-

*A mi amigo "del otro lado", Fernando D. Assunção
en recuerdo de la tarde que hemos pasado juntos en la
Sociedad Rural y como prueba de sincero aprecio de:*

B.A. Nov. 11/1961

Justo Sáenz

CS
HJ

Dedicatoria autógrafa de Justo M. Sáenz (h.) al autor de esta nota, en un ejemplar de su "Equitación gaucha en la Pampa y Mesopotamia", ilustrado por E. Amadeo Artayeta, Jorge D. Campos y Eleodoro Marengo, editado por Peuser, Bs. As.

lo más exactamente, a quien inspirará a su autor el personaje central de la obra cumbre de la prosa gauchesca. Y muchas veces nos habló de él. Por su boca le conocimos. Alto, membrudo, cejirino, socarrón, vivaces los ojos reflejo fiel de la agilidad de su espíritu. Y su voz, una voz sorprendente como decía don Justo: atiplada, aguda, pequeña, casi femenina. Andaba siempre de chiripa y nos decía nuestro informante que al preguntarle una vez Guiraldes qué quería le trajera de su viaje (encontrábase por ir hacia París), le pidió, entre encarrero y serio: un chiripa! Bien sabía él que por entonces los mejores casimires y merinos venían de "Uropa", "un país" poblado por aquellos "gringos" leídos o trabajadores, pero "cajetillas" o "sonsos" ante la bravura y el deslumbramiento grandioso y salvaje de nuestros campos abiertos.

De don Justo atesoramos, además de los libros y las personales enseñanzas, de las anécdotas y las magníficas cartas personales; de la belleza de una franca y solidaria amistad, del recuerdo de su estampa de "gentleman" criollo, una serie de espléndidas grabaciones magnetofónicas. Viejos milongones orilleros, con el compás quebrallón de "Corre que te corre el chanchito", con letras de sabrosa alusión política, de exaltación o de crítica a figuras como Mitre, Roca y Tejedor. Coplas de Pericón y, particularmente, un ejemplar estupendo, una zamba refalosa, tomada de tradición oral, desde los tiempos de la "federación" rosista y que hace muy poco utilizamos en un extenso estudio sobre orígenes y formas de la antigua zamacueca, preparado para el XXIX Congreso de Americanistas a celebrarse en agosto en Lima, si como todos deseamos, el querido país hermano logra restañar prontamente las desgarradoras heridas del reciente sismo. También nos grabó algún viejo estilo y una hermosísima milonga, del propio don Justo, excelente poeta también, titulada "El overo de Aguilar".

La obra de Sáenz es vasta y múltiple. Fue colaborador asiduo de los suplementos de los grandes periódicos argentinos "La Prensa" y "La Nación", desde la década del veinte. Su obra cumbre, hasta el punto de haberse hecho de ella cinco ediciones, es la ya mencionada "Equitación Gaucha en la Pampa y Mesopotamia", pero también en la novela y el cuento tiene títulos de gran interés, sabor y enjundia, como "Pampas, montes, cuchillas y esteros", que incluye estampas y observaciones costumbristas; cuentos, relatos y poesías; "Pasto Puna" (1928); "Bagueles" (1930); "Corriendo Campo" (1941); "El Pangaré de Galván" (1953), y en 1968 "Los Crotos", una obra como pocas en su valor descriptivo de gentes, paisajes y costumbres; psicología y espíritu, de hombre y habitat, del campo rioplatense contemporáneo y que mereciera el premio "Ricardo Rojas". Por último sus magníficas traducciones (y prólogos) a "Un poblador de las pampas" de Richard Seymour; a "El naturalista en el Plata" de Guillermo E. Hudson, y "Los caballos de la conquista", de quien fuera su amigo, Roberto B. Cunninghame Graham.

No creemos dar mejor idea del estilo de Sáenz y a la vez rendirle mejor homenaje, que transcribir parte de su relato breve "Un gaucho", integrante del mencionado libro "Pampas, montes, etc.". Allí da, en breves pinceladas, cortas pero empastadas y vibrantes de color y emotividad, un perfil acabado y vigoroso como una "mancha", del gaucho de las pampas bonaerenses: "Campo, campo tendido, salvaje, desierto. Planicie monstruo, sin límites visibles. Llanura color bayo: color de guanaco y de puma, cubierta de pastos fuertes, horadada de vizcacheras. Mañana de otoño fresca y luminosa".

"La salida del sol ha despertado de golpe al viento, que se obstina en revolver en sus zarpazos de fierá la paja colorada de los cañadones, en peinar con suavidades de madre el puna de las lomas y en deslizarse curioso entre el empenachado cortaderal que festonea el cauce del Tapalquén".

"Al pie de la barranca, Demetrio Gavilán fuma echado de bruces sobre su apero, junto al fogón apagado. Cerca suyo sus dos caballos son todo orejas al ir y venir de los perros, que exploran los alrededores y olfatean con profundas inspiraciones el cueverío del ribazo".

Sigue un largo monólogo solitario del personaje, quejándose de su suerte, de la leva que lo dejó hasta sin caballos, de las entradas de los indios cada día más osadas y con los que tiene una vieja deuda, la muerte de sus padres que le sumiera en la orfandad y la miseria casi total. Pero en toda la reflexión campea un característico fatalismo, que impide el dolor profundo, pero que ataja las rebeldías y, sobre todo, desfilé las ambiciones. El es "bolidor" y como él mismo afirma: "es linda la vida e bolidor! Uno no tiene patrones y el campo es de toito el mundo. Dios puso los bichos pa que se remedeen los pob.es".

Terminada la reflexión sigue el relato: "Ahora se ha puesto de pie y con gran tintinear de espuelas se aproxima a sus caballos. Es un hombre más bien chico, enjuto, roto y mugriento. Su cara cobriza y nariguda desaparece casi ante la invasión de la barba! Usa aros en las orejas. No tiene sombrero, y un pañuelo descolorido aprisiona la melena que le roza los hombros. Un bucanero o un gitano de chiripá y botas de potro".

"Ha rato que Demetrio Gavilán tranquea. Va en el moro y en pelos. Las boleadoras de avestruz se le enraciman sobre la cadera. A la par, embozalado y suelto, lo sigue el lobuno como potrito a la yegua. Es su caballo de reserva. El parejero de los trances supremos. Sus galgos rastrean. Rastrean infructuosamente. No se ve un solo ñandú, ni el blanco rabo de la gama en fuga sube y baja brincando entre los pajonales".

El bolidor encuentra un indio muerto, "reventado por dentro" por la rodada de su caballo y al quitarle la faja sin importarle la putrefacción ya

avanzada del cadáver, encuentra cantidad de fajos de dinero, más de cuarenta mil pesos en total, suma que los infieles robaron tiempo antes a la diligencia "La Protegida". De golpe se encuentra casi rico: —"¿Y díai? Cuando las cosas tienen que suceder! —es todo su comentario".

Al galope parte con destino incierto y mientras corta campos hace planes de gasto: caballos, pilchas, primero, de inversión después: arrendar "bien adentro", lejos de la frontera, comprar vaquitas... y hasta agenciarse prenda.

"Real de boleadores en el plan de un bajo. Nidada de gauchos entre los pajales. Toldos de cuero de potro. Caballos a estaca. Tropillas... Muchas tropillas. El tañer de sus cencerros semeja un toque de oraciones. Fogones excavados aquí y allá. Perros por todas partes. Sobre el horizonte del oeste brilla ya el lucero y el crepúsculo va invadiendo las soledades con sus escuadrones de tinieblas. Junto con el sol se fue el viento, y en la calma augusta de la hora gritan los zorros y las vizcachas comienzan a congregarse en el displayado de sus cuevas".

"Agazapados a la entrada de un toldo, un grupo de emponchados rodea una carona abierta sobre los pastos. Son tipos barbados, de aspecto fiero y rudo, tocados con sombreros de pajilla o chambergos de castor, pequeños como solideo. Un candil los alumbraba y el ijar estirado entre dos asadores impide que su

llama se vea de afuera. Hay monte y Taboada tiene la banca".

"Taboada! Producto del ambiente, con algo de caballero y muchísimo de bandido; "sportsman" a ratos: negociante siempre. La doblez es su característica y el juego su pasión". Hay en seguida una minuciosa descripción de los antecedentes de este personaje, evidentemente tenebroso, que llegó miserable y en ojotas y hoy viste de lujosas pilchas gauchas, merced a sus turbios negocios con cristianos "con mando" y con caciques infieles. Pero lo que resulta magnífico es el moroso relato del juego de cartas en el cual Demetrio Gavilán pierde, a velocidad creciente, la mitad del dinero encontrado y por fin, jugándose la otra mitad en una sola parada, a un as, la pierde también.

"Demetrio Gavilán ha perdido hasta su último centavo. Ahogando un bostezo, se yergue sobre sus piernas. Se siente ágil; curiosamente ágil y liviano, como aligerado de un gran peso. A paso vivo marcha en procura de sus caballos, y en el brioso rodar de sus nazarenas de hierro parece que resonara un himno a la libertad".

"—Cuando las cosas tienen que suceder!... Ta visto que no le ha durao la suerte... pero al fin y al cabo, quién sabe si nu'es mejor... El comprando tierra! Dandé, amigo! El venao nu'es más que un ave y naide le mide el campo...".

"Sobre las pilchas del recado, Demetrio Gavilán se ha dormido con la tranquilidad de un niño. Sus perros montan la guardia y la voz misteriosa del desierto arrulla el sueño de su hijo".

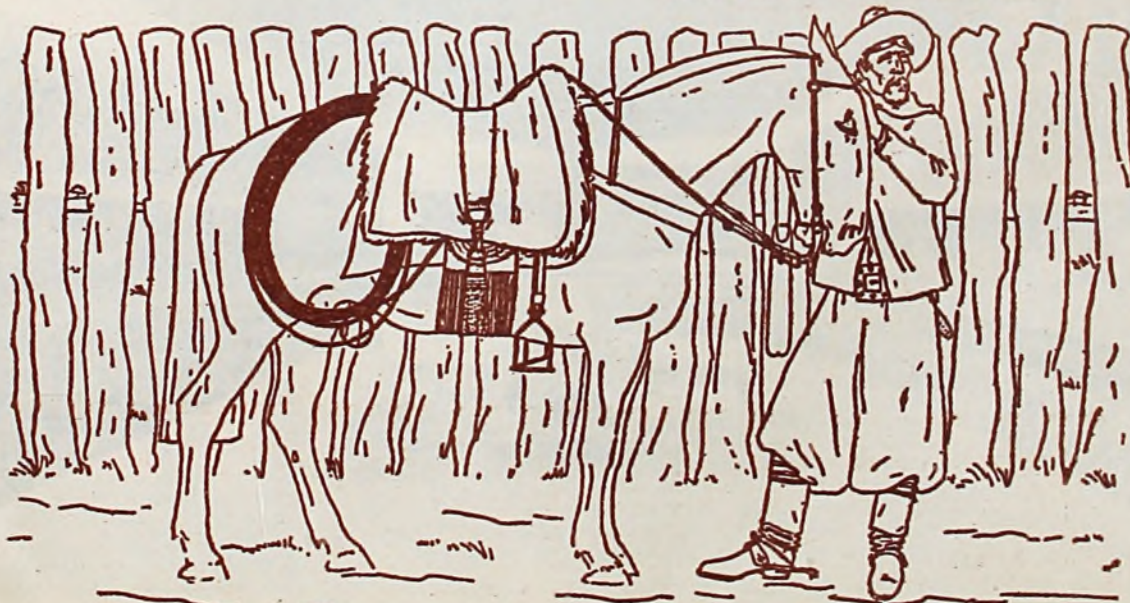
¿Por qué este artículo? Porque en horas de desconcierto como las presentes, con campo propicio para las ideologías extrañas, para los extravíos infundados, para las rebeldías falsarias, para las violencias incoherentes, es bueno tener como ejemplo a hombres como don Justo P. Sáenz (h.). Modelo de nuestra cultura, enamorado leal y auténtico de las virtudes espirituales y los rasgos materiales de nuestras gentes y nuestras tradiciones. Don Justo, que partiera para siempre a la pampa sin fin del Más Allá, el 29 de mayo ppdo. Duerme así, velado por el pingó negro de lo eterno, nunca tan exacto, el sueño de los justos, en la cuna natal de sus mayores, en la hermosa Santa María de los Buenos Aires, tierra querida cuya "voz misteriosa arrulla el sueño de su hijo".

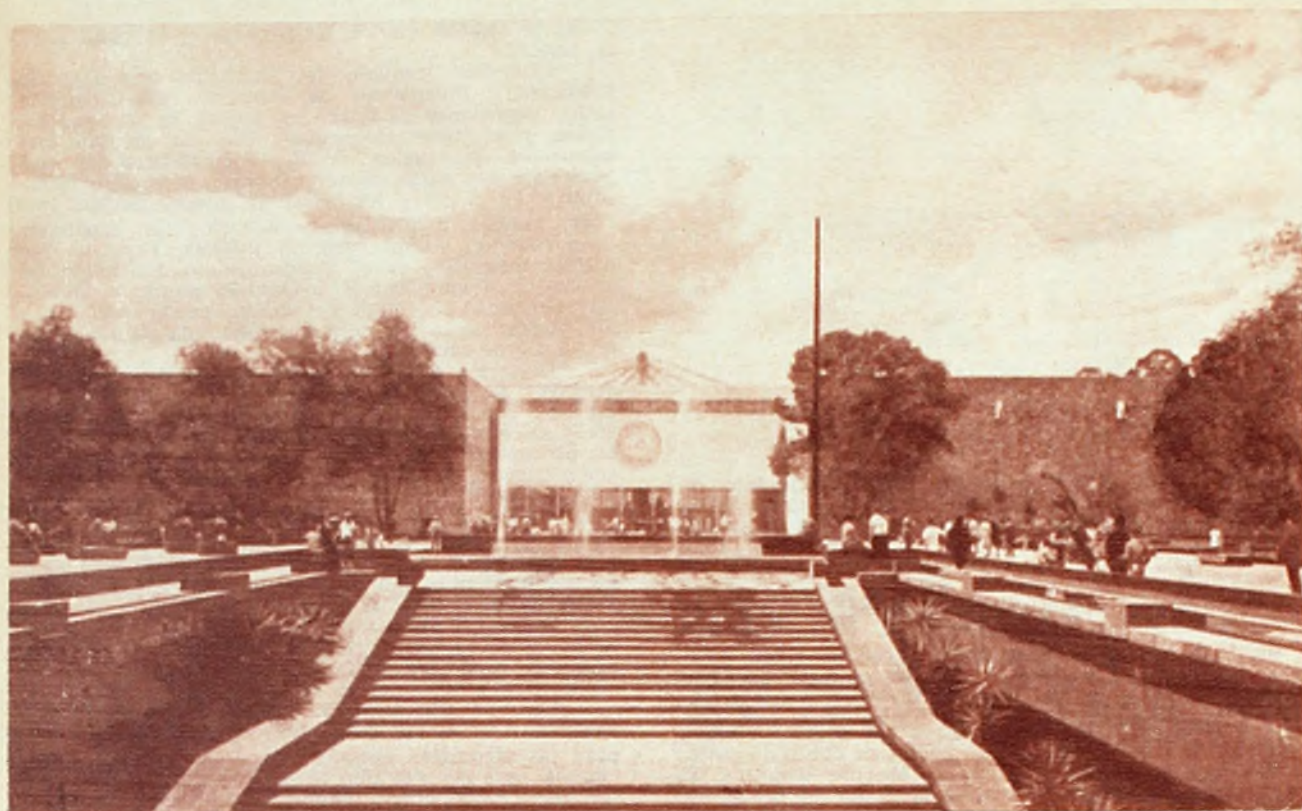
Fernando O. ASSUNCAO
(Especial para EL DIA)



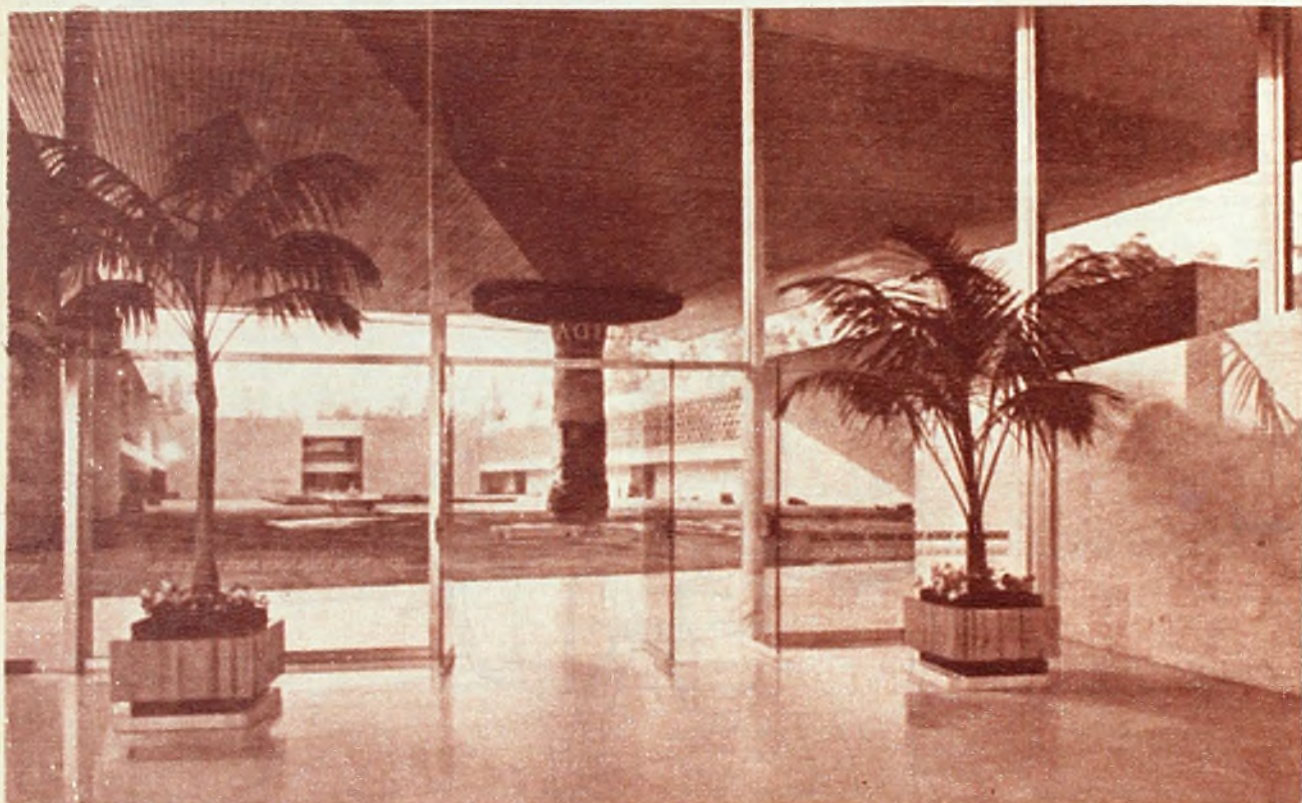
Paisano de la Prov. de Buenos Aires. Epoca actual

Paisano de Entre Ríos. Epoca actual

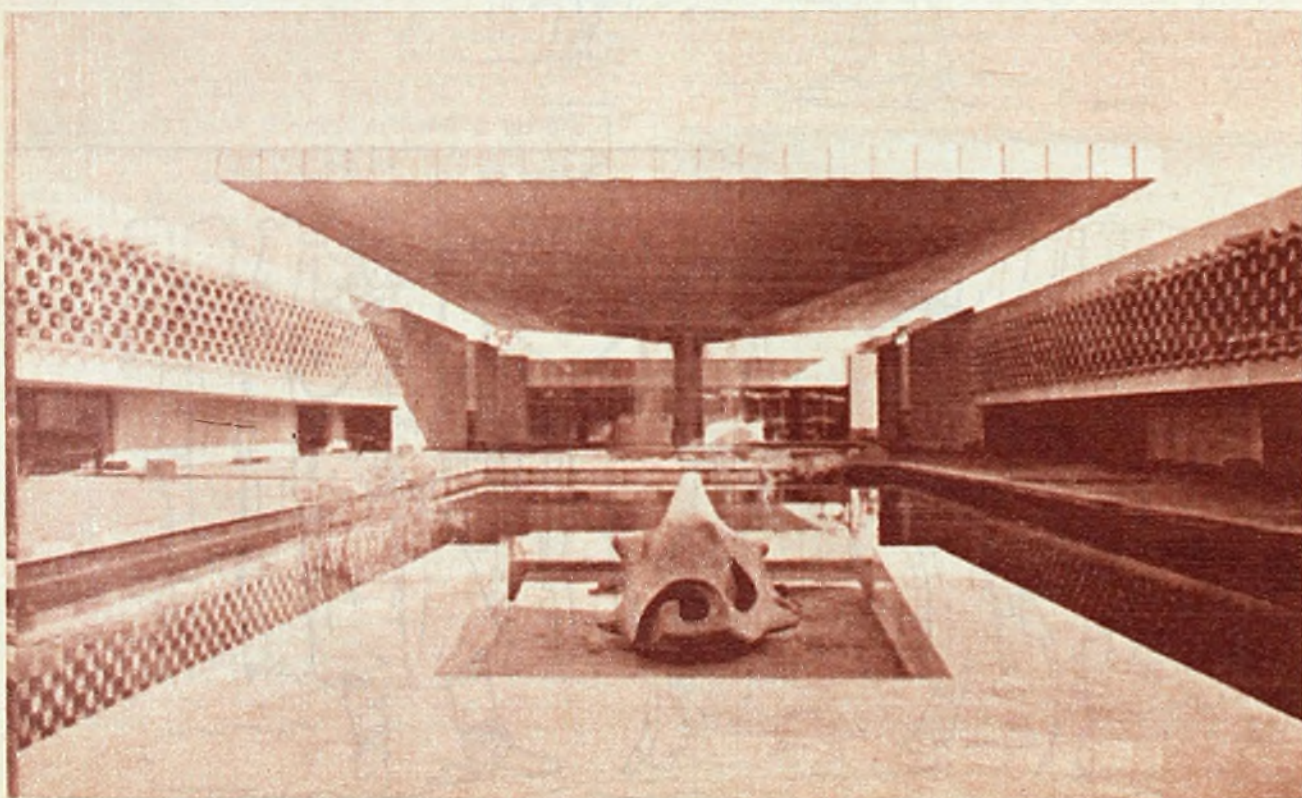




Fachada del Museo precedida de una gran escalinata



Patio interior visto desde el vestíbulo; la fuente del gran soporte no está funcionando; las caídas de agua agregan interés visual y refrescan el muy espléndido ámbito



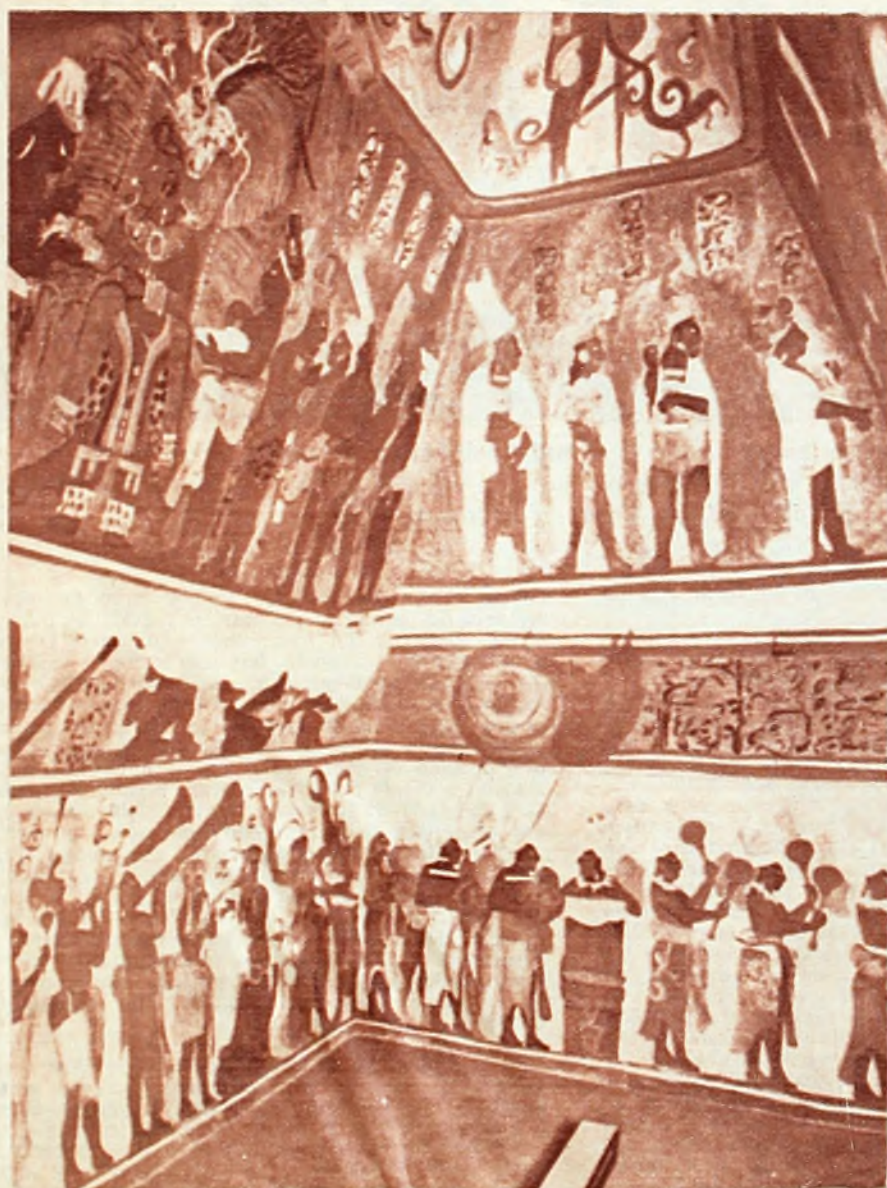
Desde el patio que define el centro de organización del Museo



Atlante de Tula - Sa
Cultura Tolteca. Mo
ms. 4.60 de a'tura
dose sobre uno de l
los cambios lumini
exterior pueden gra
bre la mejor observ
esta estatua - colu
Temp'o de Quetzau
Tula



Aspecto de la Sala Mexica. La monumental escultura de Coatlicue se recorta en cercanía de otros monumentos de importancia capital



Reproducción algo simplista de las importantes pinturas mayas de Bonampak

El Museo Nacional de Antropología de MEXICO

ESTE museo es uno de los más recientes entre varios importantes ya construidos y librados al público. Ha merecido —y sigue recibiendo— elogios encendidos. Muchos lo consideran ejemplo virtuoso; el verdaderamente importante; el mejor de los muchos institutos del género realizados atendiendo los preceptos válidos de la actual museografía.

Quienes supieron a tiempo que programaba trasladarme a México y conocían el Centro Antropológico del Parque de Chapultepec, también me adelantaron con alegría sincera que su visita iba a proporcionarme satisfacción mayúscula. Porque de cierto me importan los museos. Y más me interesan desde que descubrí —precisamente a partir de aquellas directivas modernas y probadas de organización y montaje— que pueden no ser el cementerio del arte, denostado con razón por los futuristas del año 9. Existen todavía, en este rubro arquitectónico, monstruos excedidos

(Continúa en la pág. siguiente)

El Museo Nacional de Antropología de MEXICO

(Continuación)

donde se agrupan con exceso obras y más obras. Alinean salas de recorrido difícil, de invitación al cansancio, al hastazgo; al padecimiento emocional por insistencia reiterativa de grandes valores. Hay que visitarlos. No pueden obviarse —valga la referencia explícita— las colecciones que guardan varios museos de Italia, en especial los Vaticanos, intensos depósitos de obras importantes. Son tantas que, al fin, pasan inadvertidas aunque siempre logre destaque lo muy conocido por publicitado. Ciertos palacios colosales pretenden ahora, y no es tarde, tentar cambios; véase el Louvre. Otros se han realizado modernamente como réplicas de residencias despampanantes o monumentos de empaque útil. Por fin, varios recién erigidos van estructurándose, serenos, para la vitalidad posible, dentro de ambientes limpios donde la docencia y lo emocional se equilibran por disposición cuidadosa, dosificada.

No siempre los museos nuevos —tampoco los que desatienden voluntariamente el esquema tradicional— han logrado la efectividad buscada. El que en Nueva York alberga parte de la Colección Guggenheim, comentado tiempo atrás desde estas páginas, es, precisamente, uno de los errores evidentes, más costosos y sonados de cuantos se vinieron incorporando al patrimonio cultural del nuevo planteamiento revisionista. Muchas veces, el montaje excepcional, el de mayor efecto, llega a ser contraproducente.

Es decir: en el ámbito se encuentran y emplean todos los objetos —obras de arte— como medio para visiones deslumbrantes donde la luz juega papel primordial. Ella señala acentos, anula soportes, crea sombras insólitas, distorsionantes; los paneles se adecúan con colores contrastantes y el total queda armado como tinglado de maravilla pasajera. El ostentoso intento no es, siquiera, prudente. Porque las salas de los museos han de variar, sugerir; pero siempre se dispondrán en función del acervo que albergan. Los montajes buenos son aquellos que sirven y pasan inadvertidos. Deben ser cautos y efectivos; están supeditados siempre a lo expuesto. Puede demostrarse gran derroche imaginario al usar objetos artísticos para una exhibición escenográfica deslumbrante; dejará atónito al visitante. Muchas veces, éste se regodea por lo extraño de las presentaciones rebuscadas. Se trata de personas que no van a ver con la atención debida objetos de museo; se trata, asimismo, de organizadores ingeniosos que desdénan estar al servicio de lo que se les encomienda mostrar. Varias traiciones. Puede ocurrir que la selección sea justa; que no se pretenda excitar sensorialmente por acumulación de piezas valiosas; pero será difícil cumplir tal proceso sin desvirtuar fines. Los muchos y buenos recursos de la luminotecnia, los diseños de vitrinas y soportes, la disposición virtuosa de planos móviles y techos cambiantes son medios excelentes si como medios se emplean; no en tanto que recursos para quien presenta. Porque tales dispositivos, en exceso y para la inútil competencia con la realidad creativa del arte, llegan a constituirse en juguetes peligrosos.

En todo este quehacer, los varios aciertos y los muchos errores han de considerarse eficaces y dignos, asiento de la experiencia. Y en la empresa, a gran escala, aparecen valiendo los aportes del arquitecto, integrante básico de un grupo de trabajo; uno más, dirigente y rector, responsable en alto grado, integrante siempre del equipo que comanda pero al que, asimismo, atiende. El proporcionará la base edilicia, instrumental precioso y presionante de una altísima actividad cultural. Si de inmediato —y desde antes— se afirma con una excelente dirección del instituto y sus anexos, cuerpo técnico y de diseño estable, núcleo docente capaz y operarios especializados, puede llegar a imponerse el aparato cabal, que alberga y adiestra; donde aprender y gustar. Pues en cuanto a formación estimativa, siempre vale sobremanera bien ver y frecuentar; la vivencia y la excitación intencionada, la motivación por evidencia de valores, resulta más eficaz que lecturas copiosas o cursos teóricos minuciosamente explicativos. Naturalmente que, para equipar y lograr a ese nivel comprometido y feraz, se exige conocimiento, tino, sentido, finalidad clara. Y todo ello merece erogaciones. Pero, obviamente, no es mala economía la que impone gastos amplios destinados al cuidado de guarda, la conservación mejor, la habilitación de relaciones directas y decididas con tesoros artísticos.

Cada vez importa más a la consideración pública y a la investigación de estudiosos, las series precortesianas y los ejemplos riquísimos del utilaje y la artesanía indígenas de América. El acervo que, en ese nivel, mantiene México, resulta fabuloso. Y no podía ser de otro modo, pese a que coleccionistas particulares y centros extranjeros, han saqueado



Escultura monolítica monumental que flanquea la entrada del Museo mexicano, obra inconclusa de la época teotihuacana. Representa a una deidad de la lluvia, y está esculpida en un solo bloque de basalto de 168 toneladas. Tiene 7 metros de altura

—y siguen extrayendo de sitio— parte sustancial de tan magnífica cantera.

El Museo Nacional de Antropología en Ciudad de México fue realizado en menos de dos años; contó con presupuesto suficiente; debió utilizar varios de los recursos probados de la museografía adelantada y se levanta en ese Parque de Chapultepec que, aparte de su tradicional solera, de su generosa amplitud como espacio verde en la urbe agitada y moderna, es sitio del pueblo, lugar de esparcimiento tradicional donde, normalmente, todos se dan cita. Allí se ubican, por otra parte, varios centros de interés; y otro museo importante; por lo menos: el de Arte Moderno, con varios pabellones y exhibición parcial al aire libre.

El diseño de nuestro Centro Antropológico es severo. Contiene todos los atributos que se entienden y reconocen válidos para su función. Desde amplios accesos; preparación ambiental (cierto adelanto de los monumentos representativos; sala de orientación; guardarropas; espacios generosos y adecuados para la guarda de objetos y la venta de réplicas, libros, folletos, catálogos, fotografías, diapositivas. Son buenos documentos de lo que contiene el museo y que se amplía con otros aspectos de los capítulos culturales del México precolombino, la etapa virreinal y la actualidad vigente. En su interior, los espacios abiertos (patio central con fuente monumental incluidos) alternan con salas organizadas; el orden de visita es claro; las explicaciones sucintas; también se propor-

cionan zonas de descanso y, por supuesto, el buen servicio de cafetería que parece inevitable para todo museo moderno. La frecuentación de salas con exposiciones de importancia implica, siempre, adecuación de sitios donde situar la pausa. Esa pausa que requiere el ánimo agotado por la relación estremeciente con piezas de intensa proyección emotiva; se da en los patios donde sentarse doquiera; en el hueco limpio; descansando de tanto ver; quizá, fumando. Se da en las mesas donde restaurar fuerzas o conversar, paciente o excitado, pero aparte de la sollicitación impuesta por presencia de formas con imperativa importancia.

De todos modos, debo aclarar que, aunque iba tan bien dispuesto, pese a que me había preparado para el encuentro con aquella aclamada proeza, la realidad no llegó al nivel esperado. Y que no podré acompañar el coro de entusiastas del edificio; discreparé, pues, con tantos cuantos lo consideran magistral; poco menos que intachable. No soy enamorado de la discordia. Pero debo explicar la posición que honradamente entiendo válida.

También el Museo Nacional de Antropología padece de gigantismo. Es inmenso en sus espacios; excedida e irregular la colección mantenida. Siempre, demasiado. Y ocurre que el hombre normal y corriente —todos los pobrecitos mortales— nos sentimos inhibidos ante lo colosal por acumulación y despliegue de acentos exhibitorios. Especialmente, cuando

buscamos el acercamiento humilde y el aprecio abierto; o la satisfacción de conocimientos.

Desde el año 64 en el que se abrieron, acrecieron las colecciones. Pero la cantidad no se apaña siempre de calidades. Y si la calidad es excepcional además de abundante, las presiones sensibles resultan agobiadoras. Además, todo visitante requiere precisión amplia en información por fichas; y buena visibilidad. No basta con la intención —lograda— de una distribución didáctica bien tendida en el proceso de tiempo definido con seguridad y por ejemplos claves. También importa que se distinga al calco, del original. Y que los originales más señalados no se pierdan en espacios inmensos, demasiado altos, a veces confundidos por vecindades excesivas, por conflictos de interés con varias presencias acerbadas. Por otra parte, no siempre resultan convincentes las maquetas; pueden abaratar la muestra; y aquí se pasa el límite de esa liviandad expositiva al acumular, junto con obras y reconstrucciones atinadas, pinturas murales que, en lejana imitación del peor muralismo nacional, van cubriendo los paramentos con pinturas ilustrativas a esca'a desmedida, diseño infantilista o, simplemente torpe, pero, eso sí, agresivos: coloración vibrante.

También ocurre que hay doble sistema de iluminación: natural y eléctrica. El primero se proporciona por grandes vanos al exterior; éstos abren, a veces, sobre buenas perspectivas con restos rescataados o reconstrucciones; pero también recortan en su luz potente, piezas magistrales del interior penumbroso impidiendo la mejor observación de éstas. Tampoco es suficientemente adecuada la serie de focos de luz dirigida que, desde un alto cielorraso ennegrecido van disparando haces brillantes sobre obras o vitrinas. Las primeras, en ciertas ocasiones, crean zonas de sombra que impiden la observación del detalle y del total. Cuando los focos llegan a vitrinas, desde el exterior, el espejeo resulta inevitable; y otra vez, la observación se afecta. En general, es cierto que existe disposición cuidada y que los conjuntos se equilibran sabiamente; pero cuando se ven individualizando las obras, también requerimos mejor precisión para observar.

Las salas tienen impronta monumental por disposición del hueco; y, también esta intención lograda —y aparentemente plausible— empujea jerárquicamente a objetos fundamentales del tesoro reunido. El visitante debe, sin duda, sentirse fascinado; por la grandiosidad; por la importancia notoria de muchos ejemplos. Pero, si recapacita, más allá del deslumbramiento directo, acaece, con la fatiga, una especie de frustración. Se entrega demasiado; se reiteran casos; parte de la colección debiera haberse dispuesto en salas aparte: para el especialista, el estudioso conocedor de diferencias. Ese fue procedimiento válido de museos modernos en varias partes

de Europa. El ánimo que guió esta propuesta debe haber sido más generoso y abierto; pero produce admiración por fuera de lo que se exhibe. Y, como señalara al principio, el pecado de la virtud inventiva en el montaje, el uso sorpresivo de efectos teatrales, el acompañamiento de elementos gráficos menores promovidos a categoría mayor, es defecto serio. Baste decir que, desde el punto de vista didáctico, resulta más eficaz (llega con todo, dentro de límites muy claros) el pequeño museito "sucursal", con abundancia de réplicas, que se emplaza en los alrededores de Teotihuacan famoso. Uno sale del Antropológico pensando qué efectividad se lo-

graría con menos escenario, menos intervinientes, más espacio para el desplazamiento caprichoso, la libre aventura de descubrir y asir valores. No todos lo confiesan. Porque está señalado y escrito que éste es Museo ejemplar. Repito que no me siento atado por de retos de alabanzas; ni me mueve el prurito de encontrar defectos. Pero he de dar cuenta de por qué mi experiencia fue tan poco satisfactoria; pese a que tuve la oportunidad de vincularme con piezas de calidad excepcional; y que recibí una base de conocimiento provechosa. El montaje puede verse; no creo que deba seguirse en la satisfacción de lo logrado. Porque mucho hay para perfeccionar y llegar a conseguir lo que con tantos recursos excelentes, puede darse laeando violencias.

Arq. F. García Esteban

Zona lateral destinada a restaurante y cafetería

(Especial para EL DIA).



Cuaderno de Bitácora

EL terremoto de Ancash, en el Perú, además de su espantosa secuela de tragedia, plantea numerosas preguntas y exige variados tratamientos. Los expertos en sismos no vacilan en decir que en América del Sur estamos sufriendo las consecuencias de la juventud de nuestro territorio. La costa del Pacífico es más abrupta que otras, de suerte que las poblaciones ribereñas se asomen peligrosamente al abismo del mar; las capas geológicas no se han asentado tan sólidamente como las de otros continentes. Nuestros fundadores escogieron como su habitación por el clima y el panorama, mas no por ningún concepto de seguridad, si ella es posible. Buscaron vallecitos calientes al pie de altas montañas, cuyos poderosos ríos al deshacerse podrían arrastrar como ya han arrastrado, tremendas cargas de lodo que destruyen cuanto encuentran a su paso. Nuestros pastores y agrarios, individualistas, preferían la soledad de pequeños poblachitos, pintorescos y ubérrimos, pero incomunicados y expuestos. Hemos vivido y vivimos sobre una tierra no cuajada, al borde de un abismo amenazante, sin previsiones. Las alegres casitas de los valles calientes lucen colores vivos como los ponchos de los indios, como sus lliclas, como sus sombreros alones, como sus chullos policromos, como el andar afelpado de las vicuñas, como las airosas y desafiantes llamas. Pero, a cambio de tanta atracción plástica, nuestros pueblecitos viven desconectados entre sí; sus niños deben hacer largas caminatas para ir a la escuela secundaria, o resignarse a la primaria; no puede avanzar la técnica debidamente, a causa de lo reducido de los cercados; se vive en poesía y se sufre en prosa.

Por un tiempo creímos que el adjetivo "nuevo" que nos otorgaban los europeos, allá por los finales

Este mundo nuevo...

del siglo XV, era una forma de afirmar nuestro *capitis diminutio*. Dijimos que nosotros teníamos y tenemos una civilización tanto o más vieja que las asiáticas y europeas, aunque no fuera conocida a causa de su incomunicación. Lo que no pensamos ni dijimos fue que, pese a la alegada antigüedad de nuestros grupos humanos, el suelo en que se residenciaron estaba aún en trance de creación cuando llegaron. De otra suerte se haría más difícil imaginar los fabulosos tránsitos por el ahora estrecho de Behring; la existencia de los monumentos de Rapa Nui, o Isla de Pascua, semejantes a los de Tiahuanaco, lo que haría pensar que se trataba de una común civilización de cumbres, las unas sobrevivientes de un naufragio cósmico (las islas), las otras, aventadas hacia arriba por otro o el mismo cataclismo, las del altiplano tiahuanacuense. No pensamos que cuando se hablaba de la Atlántida (a lo que se oponía, sin oponerse, la hipótesis de una supuesta Pacifiada), se hacía presente ante la preexistencia de una cultura antiquísima, sumergida por algún sismo increíble de cuyos restos emergió el inestable territorio en que vivimos.

Todo esto, por interesante, sugestivo y aleccionante que sea, carece de valor ante el hecho de nuestro enfrentamiento a sus consecuencias, al reto que el pasado geológico nos ha colocado en el futuro histórico. Y esa es nuestra cita con la política, la demografía, la ciencia y la tecnología. Tenemos que resolver ahora y aquí, de qué manera se va a reorganizar

no ya la estructura social, sino la estructura habitacional y la distribución comunitaria de los pobladores de nuestro país.

Comprendo o presiento que estas reflexiones pueden estar fuera de foco. Ahora se debería solamente dar rienda suelta a la angustia, al dolor, a la biológica protesta que suscita tan horrible e injusta catástrofe. Debemos, empero, sacar de su fondo nuevas luces, posibles orientaciones, rumbos constructivos. Quizá no se trataría sólo de reconstruir, sino de redistribuir y reagrupar, y de investigar soluciones permanentes hasta donde es posible que sea permanente lo humano, aquello que escapa a la voluntad de Dios.

Muchos de nuestros pueblos serranos fueron levantados de acuerdo con el gusto y conocimientos de los primeros pobladores españoles, que pretendían, con justicia, reavivar aquí, lejos de su patria, panoramas, figuras, residencias, facilidades, paisajes como los de allí. Así tuvimos y tenemos pequeñas aldeas andinas a semejanza de las castellanas, extremeñas y andaluzas. No las hacían, como las hicieron los indios, a semejanza de su tierra, de sus rayos y truenos, de sus lluvias y avalanchas, para resistir el infortunio geológico, para vencer la amenaza humana. Alguna vez, viajando por allí y por allá, pensé que el hábito medieval de edificar en las cumbres o faldas de los montes; otros, entre ellos nuestros fundadores occidentales, prefirieron los valles calientes, húmedos y florecidos, donde se respira mejor y se goza más. La Naturaleza no respeta tales predilecciones. Al parecer, como que, hasta, celosamente, las cobrarse.

¿No será ésta la oportunidad para planear no sólo un sistema de construcciones asísmicas, sino, también, un tipo de organizaciones sociales anticataclismos, una distribución de la tierra y el hombre dentro de las condiciones en busca de una mayor seguridad, si alcanzarla fuera viable?

Luis Alberto SANCHEZ

Lima, junio 1970.

(Especial para EL DIA)

HENRI CHARRIERE PAPILLON



EMECÉ

PAPILLON — por Henri Charrière. Ed. Emecé, Bs. As., 1970. 484 págs. Distribuye: Indiana Libros, Soriano 1140.

Pocos libros ofrecen el atractivo descarnado y recio de este duro testimonio del infortunio humano. Charrière, alias "Papillon", es autor y protagonista del mismo. Se ha puesto en discusión si el ex convicto francés ha sido o no capaz de trazar estas páginas de palpitante dramatismo y másculo estilo. Pero la verdad que de ellas se efunde, el amargo realismo sin retóricas que las impregna, lleva a pensar que aun en el caso de que se hubiera ceñido a proporcionar el fondo argumental de la obra, el jirón de vida que late en cada línea sólo puede pertenecer al ser herido y hostigado que narra su peripecia, propia, intransferible.

Ese mundo sórdido de la delincuencia protagoniza tanto como el mismo Papillon, la trama del volumen, con sus miserias, su depravación, sus rencores y su tremenda soledad. Por un crimen al cual fue ajeno, Papillon ha sido condenado a cadena perpetua en la temida prisión de Cayena. A partir de entonces, sólo tendrá una obsesión: la fuga. Intentos de evasión y fracasos se alternan, en medio de una serie de aventuras narradas con prosa convincente, que busca pintura de un mundo amargo y sin belleza, en medio de cuya ciénaga le ha sostenido un exasperado deseo de libertad. Cierta porción de decoro, de respeto por sí mismo, mantiene erguido al presidiario en los duros años de condena, que sobrellevó en virtud de un propósito decidido: evadirse. Quemado por la injusticia de la pena que cumple por algo que no hizo, vive con violencia, defendiéndose y arriesgándose entre los criminales con quienes convive, y entre los cuales la levadura humana ofrece de todo: nobleza, ruindad, vicio, generosidades imprevisibles, compañerismo, odios, amistad. Admira la persistencia de un hombre en abrirse el camino que la justicia le ha clausurado, y en ningún momento el denso relato decae en interés, a pesar de tener siempre un mismo y vertebral motivo: escapar. En torno de esto, el autor ha construido un libro de sólida urdimbre, que revela un alto nivel de inteligencia y penetración, de experiencia y conocimiento del prójimo obtenido en la frecuentación de un grupo humano que la sociedad ha arrojado de su seno. Papillon quiere probar que hay sustancia redimible aun entre los peores, criminales, y que el ansia de ser libre señala una categoría afirmativa del individuo, que lo distingue de los resignados y vencidos. No nos extraña el escándalo provocado por esta novela en Francia, por la tremenda acusación que entraña contra ciertos aspectos de la justicia y la organización penitenciaria, y tampoco nos extraña el rotundo éxito que acompaña al libro desde que apareció en París en las ediciones Laffont, en 1969. Esta primera edición en nuestra lengua se ha lanzado simultáneamente desde Buenos Aires y desde Caracas, y la acogida del público corrobora la excepcional resonancia de la misma.

Por ser, sobre todo, un pujante y doloroso testimonio del tormento moral de un hombre.

El Mundo en el LIBRO

por WRIOTHESLEY



RELEYENDO

...Él representa la Ley, la Balanza, es él quien la maneja y hará todo lo posible para inclinarla hacia su lado. Tiene ojos de gavilán. Baja un poco los párpados y me mira intensamente desde su altura. Primero desde la tarima que lo sitúa más alto que yo y también desde su propia estatura, un metro ochenta por lo menos, que lleva con arrogancia. No se saca el manto rojo, pero coloca su toca adelante. Se apoya en sus dos manos, grandes como palas. Una alianza de oro indica que está casado y en el meñique, a modo de anillo, lleva un clavo de herradura bien pulido.

Se inclina un poco hacia mí para dominarme mejor. Pareciera decirme: "Buen mozo, si piensas escapar de mí te equivocas. No se nota que mis manos son garras, pero los garfios que van a desmentarte están bien guardados en mi alma. Y si soy temido por todos los abogados y estoy ubicado en la magistratura como un abogado general peligroso, es porque jamás deo escapar mi presa.

"No tengo por qué saber si eres culpable o inocente. Solamente debo usar todo lo que hay en contra de tí: la vida de bohemia en Montmartre, los testimonios aportados por la policía y las declaraciones de los mismos policías. Con ese desagradable fárrago acumulado por el juez de Instrucción, conseguiré volverte lo suficientemente repugnante como para que los jurados te hagan desaparecer de la sociedad.

"Me parece que, con toda claridad, oigo que me habla realmente, a menos que sueñe, porque estoy en verdad impresionado por ese «engullidor de hombres».

"Déjate estar, acusado, sobre todo no intentes defenderte: yo te conduciré por el camino de la podredumbre.

"Y espero que no les creas a los otros jurados. No te ilusiones. Esos doce hombres no saben nada de la vida.

"Mírales, alineados frente a tí. ¿Ves bien a esos doce quesos importados a París desde un lejano pueblo de provincia? Son pequeños burgueses, jubilados, comerciantes. No vale la pena describirte. ¿Acaso tu mismo no tienes la pretensión de que ellos, nada menos que ellos, comprendan tus veinticinco años y la vida que llevas en Montmartre? Para ellos, Pigalle y la Place Blanche son el infierno, y todos los que viven en la noche son enemigos de la sociedad. Todos están excesivamente orgullosos de ser jurados en los tribunales del Sena. Además sufren, te lo aseguro, por su posición de pequeños burgueses con tribulaciones.

"Y llegas tú, joven y apuesto. Aciertas al pensar que no me molestará describirte como a un Don Juan de las noches de Montmartre. Así, desde el comienzo, haré de esos jurados tus enemigos. Estás demasiado bien vestido, debiste haber venido humildemente arrejado. Ahí has cometido una gran falta de táctica. ¿No ves que envidian tu traje? Ellos se visten de cualquier manera, y nunca, ni en sueños, fueron atendidos por un sastre".

Henri CHARRIERE

De PAPILLON.
Ed. Emecé, Bs. As., 1970.

RECIBIMOS:

De LOSADA:

● El fiel de la balanza — por Guillermo de Torre. *Crítica*.

● Tres clásicos de la novela francesa: Stendhal, Balzac, Flaubert. — *Crítica*.

● Los innumerables — por Elvio Romero. *Poesía*

● Antología poética — por Maiacovsky. *Poesía*.

● Shunko — por Jorge W. Abalos. *Novela*.

● Una aventura amorosa de Sarmiento — por E. Anderson Imbert. *Biografía*.

● El sendero — por Ricardo Güiraldes. *Notas y apuntes*.

● La oscuridad es otro sol — por Olga Orozco. *Narraciones*.

● El fuego y su aire — por Enrique A. Laguerre. *Novela*.

● Marianela — por Benito Pérez Galdós. *Novela*.

ROMA CENTRO DEL PODER



Por RANUCCIO BIANCHI BANDINELLI

AGUILAR

ROMA-CENTRO DEL PODER — por Ranuccio Bianchi Bandinelli. Ed. Aguilar, Madrid, 1969. 437 págs. Distribuye: Aguilar Uruguay, Andes 1406.



Hasta que el arte romano asume una personalidad definida, pasa por etapas de influencias y asimilación de las mismas que tienen, por razones de gravitación histórica, sus raíces en la tradición griega y helenística. Comienza el autor analizando los orígenes de Roma, de su sociedad y de la cultura que la tuvo por escenario. De estos factores va a nacer una primera forma de civilización que hereda elementos etruscos y griegos muy antiguos. A medida que Roma se organiza en lo interno, que codifica sus leyes y amplía sus contactos comerciales en el exterior, el afán de a'esorar obras de arte griegas, o copiarlas, fue un primer paso determinado más que nada, por el deseo material de un núcleo de romanos enriquecidos, más que por deleite estético. La toma de Siracusa, según señala Tito Livio, marca el comienzo de la admiración por las obras de arte griegas. Cuando afluyen obras originales, como botín de guerra, los romanos se inician en el gusto de las colecciones. Reproducidas masivamente, se difundieron en forma ecléctica, sin discernimiento de estilos ni épocas. Entre el 200 al 100 a. de J. C. Roma, ya dueña del Mediterráneo, desarrolla una próspera riqueza comercial, que incentiva la ambición de poseer obras de arte helenísticas. Influida por éstas, el arte romano, obediendo al modelo griego, tiene empero un peculiar apego a la vida cotidiana, escenas de mercado, procesiones, episodios domésticos. Pero se caracterizará por dos rasgos notorios: el



llamado relieve histórico, exaltador de victorias guerreras, entroncado en lo colectivo o plebeyo, o el retrato, fomentado por el medio patricio. El estudio de la evolución del retrato romano ocupa un capítulo muy importante de este excelente volumen.

Plantea después Bianchi Bandinelli los problemas del espacio y sus relaciones en lo que respecta a la pintura y escultura romanas, haciendo un paralelo con los mismos en lo que se refiere el arte griego. El estudio detenido de la pintura y la escultura romanas, a través de los testimonios que sobreviven, constituye otro aspecto fundamental del libro. En ambas manifestaciones, prevalecen dos corrientes, una que se origina en la tradición medio-italica, que subraya escenas y sucesos históricos locales; otra, ornamental, principalmente, que emplea la

herencia plástica griega y la reduce a mero adorno. En cuanto a la arquitectura, es en ella donde los romanos alcanzaron, en el interior de los edificios, creaciones cada vez más ricas en relaciones espaciales. La solidez del muro, la importancia del arco romano, lo grandioso y duradero de las concepciones arquitectónicas de estos siglos, ya definen el espíritu mismo del arte de la época. En otras formas artísticas, interesa señalar un detallismo preciosista, un verdadero virtuosismo que sobresale en la talla de piedras preciosas, camafeos, estatuas erigidas a personajes ilustres del tiempo de Augusto. Dos piezas maravillosas representan bellamente este virtuosismo: la "gemma augustea", del Kunsthistorisches Museum, y el "gran camafeo de Francia", de la Biblioteca Nacional de París, resueltos con una pulcritud y armonía en los de-

talles que los hace expresión cabal de esta modalidad romana influida por el sople helenístico. En la artesanía, el tratamiento de los metales preciosos, la platería, los cristales trabajados como camafeos, revelan un gusto refinado y suntuoso.

Pero el arte adquiere su esplendor imperial en tiempos de Traiano y Adriano, convirtiéndose en la verdadera expresión de Roma. La audaz concepción de la columna Trajana, sin precedente alguno, la convierte en una de las más trascendentes realizaciones artísticas de la Antigüedad. En cuanto a Adriano, los mejores monumentos a su memoria son el templo de Venus, en Roma, la reconstrucción del Panteón de Agripa y la misma villa de Adriano, al pie de Tibur. El impulso del arte del mosaico bajo este período, inicia una forma que cobrará autonomía, sobre todo en el siglo

III, como típica del Imperio Romano.

Por otra parte, cuando la alta sociedad romana abandona la cremación para adoptar la costumbre de inhumar los cadáveres, cobra auge la confección de los grandes sarcófagos en mármol.

Y, aunque a fines del siglo II de nuestra era, el poderío de Roma la vuelve el centro del mundo conocido, no es posible ignorar el papel que la Grecia clásica y la helenística desempeñaron en la formación de un arte característicamente romano. Es lo que el autor desentraña a través de ejemplos y testimonios, en este reciente volumen de la colección "El universo de las formas", singularizada por la riqueza del material gráfico que brinda, así como por una sección de documentación general ilustrada, Iconografía y un Diccionario-índice complementarios.



Ignacio B. Anzoátegui

Escritor
criollo y
castizo



IGNACIO B. Anzoátegui — el poeta, el hispanista, el juez: el señor — habla desde su modestia, que es como hablar hoy desde lo alto de una montaña, sin afectación y sin cumplido, sin literatura, no como quien no quiere la cosa o esté ya de vuelta de todo — que también podría ser pose —, sino como quien quiere o no quiere la cosa, como quien está o no está ya de vuelta de todo, pero de verdad.

Ignacio B. Anzoátegui, el hombre que desde hace cuarenta años florea por el mundo de las letras hispánicas la gracia originalísima de un estilo prócer, se brinda locuaz y cordial en la conversación, brillante y mesurado, siempre castizo y muy criollo. En su casa de la calle Laprida de la ciudad de Buenos Aires, en la biblioteca donde el escritor ha pergeñado muchas de sus obras literarias, y donde el juez — en equilibrio inestable el corazón y el Derecho y siempre la duda taladrando la conciencia — ha compuesto al sentenciar un género rotundo y antológico, en esa misma biblioteca, don Ignacio B. Anzoátegui habla ahora de los avatares del oficio, de la literatura y sus alrededores, de esa vocación que no se satisface nunca, de ese trabajar hasta en sueños, sin punto final como el cuento de la buena pipa, sin domingos ni feriados ni retiros jubilatorios. Y cuando don Ignacio B. Anzoátegui habla, igual que cuando escribe, lo hace ya en limpio: despacio, sin baches, pero sin escucharse ni regodearse con lo que dice.

—Nunca he podido escribir un cuento o un ensayo con el plan ya concebido. La frase siguiente va engarzada a la anterior, y mis manuscritos, usted ve, no los corrijo. Escribo despacio, naturalmente, y no rehago los originales. Es una condición animal, podríamos decir. Tal vez esto se deba a que en prosa, sin querer, empleo un procedimiento poético: la poesía se crea en la memoria, con la memoria, más que con la pluma. No obstante, envidio a las personas que, sobre el papel, pueden pulir el estilo.

Escritor sin otras fronteras que las del idioma, Ignacio B. Anzoátegui es leído tanto en América como en España. Sus libros — *Monólogos con Lady Grace*, *De tumba en tumba*, *Romances y Jitanjáforas*, *Vidas de muertos*, *Tres ensayos españoles*, *Cielo y tierra*, *Manuel Gálvez*, *Dulcinea y otros poemas* — y sus artículos — aparecidos en *Criterio*, *La Nación*, *Azul y Blanco*, *Arriba*, *Mundo Hispánico*, etc., creados, unos y otros, casi siempre en la Argentina — su patria —, publicados muchos de ellos en España, y distribuidos luego en los países de habla española, le ha valido el aplauso de esos lectores que andaban — y andan — a la búsqueda de un estilo personal en literatura, de una manera inteligente y elegante de decir las cosas, donde el ángel de la gracia presida cada período, cada frase, cada silencio.

Las preguntas obligan a don Ignacio B. Anzoátegui a hablar de sí mismo, esa primera persona que el buen tono y la modestia excluyen.

—Para mi, pensamiento y expresión son simultáneos: el fondo no nace sin la forma o, lo que es lo mismo, el pensamiento nace ya asumido por la forma. Yo creo que inclusive para ser filósofo — para bienamar el saber — hay que ser filósofo-poeta. El filósofo a secas es un triste aspirante a sabio, una mezcla de abstemio y vegetariano, un enfermo mental del hígado.

Nacido en la ciudad de La Plata en 1905, don Ignacio B. Anzoátegui está ahora en esa etapa de la vida donde el escritor o el poeta, como dice Rof Carballo, suelen reducir sus recursos expresivos, por alcanzar en ellos el lenguaje su máxima concisión. Los que han juzgado su prosa como excesivamente castiza, sólo adecuada a lectores españoles, confunden privilegios de lugar con buena literatura, acostumbrados como están a que se les sirva lo que venga y en vajilla desconchada. Aparte de que en la pluma del buen estilista, según afirmaba Eugenio D'Ors, toda palabra debe ser un neologismo, el empleo de ciertos vocablos puede parecer ejercicio artificioso si el que los emplea no lo hace con la naturalidad espontánea de quien los ha mamado y manejado desde siempre. Por su formación y prosapia el estilo de Ignacio B. Anzoátegui se nutre por igual de dos fuentes vernáculas que apenas se diferencian: la española y la argentina. Libre de influencias extrañas, de malas traducciones, su manera de decir es una prolongación exacta y viva del hombre Anzoátegui: en cada línea escrita — lo que Julián Marías llama calidad de página — está presente la concreta realidad del escritor, el escritor de alma y carne y hueso. De ahí la identidad del autor con su obra.

—Toda expresión humana pertenece al género autobiográfico. Es autobiográfico el estilo del recién nacido que llora en le, como el del recién nacido que llora en la... Todo es autobiográfico mientras no se pretenda componer con ese todo un todo, mientras no se intente organizarlo en *puzzle*. Porque nuestra vida no es un *puzzle* sino un batiburrillo de fragmentos a menudo inconciliables y casi siempre incompatibles: una realidad que, recompuesta, apenas si se ofrecería a los ojos de nuestros semejantes como una realidad *craquelée*.

Ante el drama que supone lo pornográfico en la literatura contemporánea — elemento éste evitable, adventicio, que al insertarse en las obras, aparte del daño que causa, ofende al lector bien nacido por considerarlo capaz de conculgar con tales inmundicias —, ante esas expresiones "taquilleras", que equivale a decir hoy bajas y baratas, el escritor, sin desmelenarse en absoluto, opina:

—Ayer la prostitución era de la cintura para abajo; hoy es de la cintura para arriba... ¿Por qué la policía de los países presuntamente civilizados persigue a *Lily*, a *Chouchou*, a *Mimi*, y no persigue a los "escritores" y a las editoriales que publican esos

despropósitos? Se me ocurre que tal vez sea por miedo al papel impreso; pánico que tiene las autoridades a ser tachadas de nazis... Lo cierto es que hay un envilecimiento de la inteligencia: los libros modernos — esos libros — están escritos con pésima intención. Quede claro que no me asustan las expresiones fuertes ni las malas palabras: al contrario, soy un admirador de ellas siempre que correspondan, que sean inevitables. Las llamadas malas palabras nombran a cosas de que nos valemos o que vemos a cada instante. Si es preciso, avergoncémonos de estas, pero no incurramos en la trapacería de negarlas poniéndoles la hoja de parra del eufemismo.

Don Ignacio B. Anzoátegui, ya no fuma — "es difícil dejar de fumar frente a una taza de café, ante una alegría o una rabietta", — dice. En la biblioteca, entre libros y muebles muy vividos, se está a gusto. Un decorador seguramente diría que aquí hay "home", mucho "home". Afuera, en el vestíbulo o patio de entrada, juegan sin escandalizar unos nietos. En la calle Laprida, a cuatro o cinco cuadras de la avenida Santa Fe, se puede aún conversar sin que participen de la conversación los ruidos de la calle. El escritor se levanta y sirve unos vasos de vino blanco.

—El artista, para ser tenido como tal, debe hacerse perdonar su cuna y su riqueza.

—Eso.

Don Ignacio B. Anzoátegui, en lo económico, es un hidalgo pobre.

—La nomenclatura moderna llama funcional a todo lo que es feo y sirve para algo. Lo cual no autoriza a sostener que todo lo que sirva para algo deba ser necesariamente feo.

—Claro.

En la casa del escritor todo funciona desde antes pero nada es funcional.

—La alegría del hombre flaco es una alegría adquirida: siempre está unida a un episodio, a la lotería o al nacimiento de un hijo. En cambio la alegría del gordo es la felicidad pura: es la alegría como institución...

—Sí.

Don Ignacio B. Anzoátegui pertenece más bien a los de la alegría adquirida. Tiene ojos claros, habladores y futuristas, y muy pocas ganas de hacerse notar. Difícilmente lo consigue.

—En materia de edades ocurre que aquello que se defiende es precisamente aquello que no se tiene. Un viejo sabe que debe ponerse el sobretodo para salir a la calle, pero no le gusta que le digan que debe ponerse el sobretodo para salir a la calle. El verdadero viejo, el viejo perfecto, es aquel que se enoja cuando le dicen que debe ponerse el sobretodo para salir a la calle, y que es capaz de salir a la calle sin ponerse el sobretodo para vengarse de los suyos porque no le dijeron que debía ponerse el sobretodo para salir a la calle.

El escritor no es muy partidario de la literatura con mensaje.

—Me parece que es algo así como convertir la belleza en vehículo. Creo que la novela ha de tener no solamente trampas sino también claves. Para mi gusto debe ser naturalista sin pertenecer a la escuela naturalista y en definitiva ha de ser siempre de alguna manera autobiográfica.

Para el escritor, la gran novela argentina — que falta, como en todas partes, a pesar de tantos y algunas veces tan calificados intentos — debe discurrir en la ciudad y ser contemporánea.

—En la ciudad hay más desorden, tiene más vigencia la vida. Resumiendo, nuestra época exige que la novela sea crítica: sin mensaje, pero crítica. Que el novelista enjuicie a sus personajes, que actúe como juez: como el juez que expone su alma y se pone de manifiesto.

El recuerdo de dos obras de este autor se entromete en la charla: *Vidas de muertos*, y *De tumba en tumba*. Ninguna de las dos pertenece al género de la novela, pero en las dos, Ignacio B. Anzoátegui pone a medio mundo en su sitio — en el sitio que el escritor juzga oportuno — llamándole al pan, pan, y al vino, vino.

—No he tratado de enjuiciar en estas hojas a toda la humanidad. He procurado incluir en ellas a la humanidad que se me ponía delante entre las 8 y las 10 de la noche, que es la hora en que por tercera vez mi mujer me manda a un chico para avisarme que ya está en la mesa el segundo plato.

La analogía es algo muy útil. La analogía le ha servido al hombre, en su búsqueda de conocimiento, para esclarecer muchas cosas. Ahora, por ejemplo, sirve para pensar en el reloj, en la cena, en que, lamentablemente, ha llegado ya el momento de despedirse.

Eduardo MARTINEZ ROVIRA
(Especial para EL DIA)



En su barrio, para su comodidad, una agencia de avisos económicos de

EL DIA

• CIUDAD VIEJA, 25 de Mayo 619 • CENTRO, Río Branco 1212; 18 de Julio y Yaguaron • CORDON, Av. 18 de Julio 2022; 2 de Octubre 2676 • PUNTA CARRETAS, Brito del Pino 800 esq. 21 de Setiembre • PARQUE RODO, Constituyente 2017 (Ag. Petraglia) • POCITOS, Juan Benito Blanco 277 Bis • TRES ESQUINAS, Comercio 1821 • MALVIN, Orinoco 5048 y Michigan • PUNTA GORDA, Avda. General Paz 1421 • CARRASCO, A. Schroeder 6465 • UNION, Av. 9 de Octubre esquina Aurora (Kiosco Unión); Av. 8 de Octubre esq. Pilirooj (Kiosco Maroñas) • LA COMERCIAL, Av. Garibaldi 2559 • GOES, Av. Gral. Flores 2942 • CERRITO, San

Martin 3491 • ITUZAINGO, Av. Gral. Flores 4995 • PIEDRAS BLANCAS, Cuchilla Grande y T. Rinaldi • ARROYO SECO, Av. /graciada 2612 Bis • CAPURRO, Uruguayana 3513 • PASO MOLINO, Avda. Agraciada 4109 • AGUADA, Sierra 1906 (Agencia Progreso) • PRADO, Cno. Castro 838 c. Millan • PENAROL, Aparicio Saravia 4667 casi Avda. Sevago • COLON, Av. Garzon 1934 • REDUCTO, Guadalupe 1490 • RIVERA, Avda. Rivera 2621 • VILLA DOLORES, Francisco J. Muñoz N° 3412 Bis • CERRO, Avda. Carlos M° Ramirez 1685 esq. Grecia • EN EL

INTERIOR — CANELONES, Treinta y Tres esquina Plaza In de Juno (Kiosco Isnaldi) • SANTA LUCIA, Bazar "El Trebol", Rivera 488 Bis • LA PAZ, Avenida Batlle y Ordoñez 215 (Bazar Jorgito) • LAS PILDRAS, Avda. Artigas y Lavalleja • PANDO, General Artigas (Kiosco Luisito, Plaza); Estación Ferrocarril (Kiosco Luisito) • SAN JOSE, Mensajería C/ gas 895 • LIBERTAD, Carretera Colonia Km. 50 • AGENCIAS NOTICIOSAS "EL DIA" EN PAYSANDU, SALTO, RIVERA Y PUNTA DEL ESTE

E N J U L I O

↑
apertura
32



en CONFECCIONES de INVIERNO

para Damas, Hombres y Niños

en la Cadena de Tiendas más importante del País



sarandi

centro

cordon

union

agraciada las piedras